

LA CIUDAD SIN DIOS
de
Joaquín Calvo Sotelo

Reparto:

Una voz
Nicolai Nordson
Ariadna
David
El Comisario
Agente No. 1
Agente No. 2
Mateo
Bárbara
El Viejo
Muchacho 1
Sergio
Aglaia
Daniel

Basilio
Eloy
María
Antón
Hombre No. 1
Hombre No. 2
Mujer No. 1
Mujer No. 2
Joven No. 1

Escenografía: La escena representa el camerín de un primer actor en un teatro de una pequeña ciudad. Como en todos los camerines del mundo, en éste hay una mesa con un enorme espejo rodeado de luces en el que se ven, alterando la curvatura del marco, fotografías dedicadas de diversas personas y otras del ocupante del camerín en alguna de sus caracterizaciones preferidas. Sobre la mesa, los útiles del actor en todas las latitudes, lápices, polveras, frascos de colonia, tubos de pintura. La mesa está situada en el centro mismo del escenario. A derecha e izquierda hay un pequeño diván y un par de sillas. Una percha con ropa de calle se ve al fondo. Cerca de ella, un rústico y grueso bastón de madera, sin cayado, como los que usan algunos caminantes. En el lateral izquierdo, hay una puerta que se supone da al pasillo. En la derecha, otra que comunica con un pequeño cuarto de aseo.

(Al levantarse el telón, la escena está vacía. Pocos segundos después, alguien llama con los nudillos a la puerta de la izquierda.)

Una voz: (Por la lateral izquierda) Nicolai... (Nadie le responde.)
¡Nicolai Nordson...!

Nicolai: (La voz, desde el otro lado de la escena.) ¿Quién es?

Una voz: Soy Damián. Ya veo que no ha puesto ensayo, jefe.

Nicolai: No, ensayaremos el viernes.

Una voz: Muy bien, como guste. Usted manda. Buenas noches, Nicolai.

Nicolai: Buenas noches. (Nicolai asoma ahora por la puerta de la derecha. Es un hombre corpulento que aún no cumplió los cuarenta años. Va vestido como un mendigo, como uno de esos caminantes que nunca se sabe a dónde van ni de dónde vienen, ni cuál es su misión en la vida y que se encuentran, de pronto, en los más inesperados parajes. Tiene el pelo hirsuto, unos bigotes espesos y una barba con unos apliques blancos que aumentan su edad. Sale terminando de secarse las manos en una toalla que deja, después, sobre la consola, y empieza a quitarse los apliques de la barba. Cuando ha terminado de hacerlo, se peina, abre la caja que hay sobre la mesa y saca de ella unas cuartillas y una estilográfica. Coge un periódico, lo dobla y apoya y apoya en él las cuartillas. Gira, entonces, para quedar de perfil con relación al público y empieza a escribir con lentitud, muy espaciadamente, deteniéndose a cada línea, buscando su inspiración mientras la punta del lápiz se le enreda entre los labios y la barba. Bebe, de vez en cuando, una taza de café. Unos golpes en la puerta de la izquierda le interrumpen. ¿Quién es?)

Voz de mujer: Soy Ariadna.

Nicolai: ¿Qué quieres, Ariadna?

Voz de mujer: Mañana, ¿podría venir un poco más tarde? Llega mi hermano y quisiera esperarle.

Nicolai: Todo sea por tu hermano. ¿Es realmente tu hermano, Ariadna?

Voz de mujer: Pues claro que sí, jefe. Ya no estoy para otra clase de viajeros.

Nicolai: Conforme: ven más tarde.

Voz de mujer: Muchas gracias, jefe.

Nicolai: De nada, Ariadna.

Voz de mujer: Hoy aplaudieron más que nunca su muerte, ¿se fijó?

Nicolai: Bah...

Voz de mujer: Conté las "glorias". Seis veces levantaron el telón.

Nicolai: Exageras para halagarme. Fueron sólo cuatro.

Voz de mujer: Yo conté seis.

Nicolai: Agradezco tu error. Buenas noches.

Voz de mujer: Buenas noches, jefe.

(Nicolai sigue su tarea. A los pocos segundos, David entra por la izquierda. Tiene aproximadamente la edad de Nicolai, al que se dirige siempre con gran deferencia y afecto.)

Nicolai: ¿Qué hay, David?

David: Nada. El tipo desapareció como por encanto.

Nicolai: (Sin darle importancia a la noticia.) Bueno, David es igual.

David: Estaba en la tercera fila, en el seis. Debió de escaparse...

Nicolai: ¿Escaparse...? Pobre hombre...

David: Bueno, irse, es lo mismo. Y luego, yo, que me distraje unos segundos... El caso es que cuando llegué a la calle, como si se lo hubiese tragado la tierra.

Nicolai: Las cosas del teatro se han puesto de tal forma que ya se hace sospechoso aquel que ve por tres veces la misma comedia. Asonbra tanto, que el representante del primer actor se sitió a la salida para vigilarle y saber quién es y con qué intenciones reincide. No, David, no, no me importa nada que le hayas perdido la pista. Será un aficionado, sencillamente, de los que aún quedan, y no un agente secreto, de los que, por otra parte, nada tengo que temer ni he tenido en mi vida.

David: En fin, me he quedado sin saberlo.

Nicolai: Mañana repetiremos "Díaz Anargos". Búscalo en la sala. Si ha visto la obra tres veces, nada se opone a que la vea cuarta.

David: Pues claro que lo buscaré...

Nicolai: Y si le encuentras, a la salida, te acercas a él, le metes el puño a la altura de los ojos y le preguntas: "¿Por qué demonios viene usted a ver trabajar a Nicolai Nordson?"

David: No lo tome a bronca. Yo soy receloso, sí, no lo niego, pero lo prefiero a ser confiado.

Nicolai: Bien. Y ahora, déjeme unos minutos. Tengo que escribir unas cartas.

David: No quisiera molestarle, pero nos ofrecen una actuación de diez días en un teatrillo de Kursch. ¿Qué contesto?

Nicolai: ¿Qué más da? Según estés de vena.

David: No, no, a mí me da lo mismo. Es usted quien decide y no yo.

Nicolai: ¿Será nuestro destino ese andar rodando de una aldea a otra, lejos siempre de los grandes teatros?

David: Claro que no, jefe. Pero de este calvario es difícil librarse, salvo que la suerte le ayude a uno.

Nicolai: Te diré una cosa: estoy harto de ver en los escenarios de Mitelburg y ocupando los primeros puestos, a muchos que valen menos que yo. ¿Me ciega la pasión, tal vez el orgullo? No lo creo. Tú viste hacer este mismo papel de "Días amargos" a Teodoro Dimin, en el Teatro Municipal. ¿Estaba, de verdad, mejor que yo? Respóndeme, David, sin mentirme, con la mano en el corazón.

David: La respuesta se la da el público. ¿Contó las glorias de hoy, al final del tercer acto? Sí, una tras otra, sin que un solo espectador se moviera de su asiento. No, jefe; esta es una de sus grandes creaciones y hoy, o mañana, o pasado, téngalo por seguro, se la aplaudirán en Mitelburg. Pero mientras nos llega la hora de actuar en la capital, ¿qué hacemos? ¿Aceptamos?

Nicolai: (Se encoge de hombros) ¿Por qué no?

David: Telegrafiaré entonces. ¿Quiere que intente mejorar las condiciones?

Nicolai: ¡Precaución! Pudiera suceder que dieras al traste con el negocio. El nombre de Nicolai Nordson aún dice muy poco en los carteles.

David: Ya diré. (Llaman con los nudillos a la puerta.) Ariadna otra vez, jefe.

Voz de mujer: Se me olvidó advertirle que hay alguien esperándole.

(David hace mutis rápidamente.)

Nicolai: ¿Quién es?

Voz de mujer: No lo sé.

Nicolai: ¿Dónde está?

Voz de mujer: En la salita de la entrada.

Nicolai: Gracias, Ariadna. Ya va David a ver lo que quiere.

Voz de mujer: Buenas noches jefe.

Nicolai: Buenas noches.

(Unos segundos de pausa. Entra de nuevo David, con cierta zozobra)

David: Es él.

Nicolai: Ajá. Perfectamente. ¿Y qué desea?

David: Hablarle.

Nicolai: Entre unos y otros haréis que me queda sin escribir mis cartas. Dile que pase.

David: Déjeme que me quede a la entrevista.

Nicolai: ¿Y para qué?

David: No vivimos en una época normal. ¡Quién sabe si no ha sido denunciado por alguien!

Nicolai: No creo que corra ningún peligro ni mi vida... ni mi libertad.

David: Déjeme por lo menos, que ronde el cuarto.

Nicolai: Ah, eso es otra cosa... Rondala, rondala, mi fiel David.

(David hace mutis de nuevo. Nicolai recoge sus papeles, ordena un poco la consola, retira la toalla y la guarda en la habitación de la derecha. Tras una espera prudencial, David entra precediendo al Comisario. Es un hombre autoritario y frío. No viste uniforme. Lleva media bota y una zamarra echada al desgaire sobre los hombros)

David: Le estaba esperando y deseaba hablarle.

Nicolai: Muy bien.

Comisario: Es verdad, deseo hablarle, pero a solas.

Nicolai: Retírate, David, si no te importa...

David: No, no...

(Hace mutis un poco a regañadientes. El Comisario mira ahora a Nicolai con una actitud inquisitiva, analítica, un poco impertinente.)

Comisario: Sus admiradores, ¿aún no le dejaron cambiarse de ropa?

Nicolai: ¿Mis admiradores?...

Comisario: Sí. Ocho veces han levantado el telón en la función de hoy. Y con justicia... (En un tono de leve recitado) "La vida es una antorcha que quema la mano del que la lleva. Ven, ... muerte..."

(Se detiene, olvidado de la continuación.)

Nicolai: (Le ayuda) "Ven, muerte, apaga en mí la lumbre que devora mis huesos, y en la que mi corazón arde como un leño de sangre. Ven, muerte, y abrígame para siempre en tu sombría túnica..."

Comisario: Soy un viejo aficionado del teatro. Colecciono muertes, ... Nicolai Nordson. Pocas he visto tan veraces y tan impresionantes como la suya.

Nicolai: ¡Bah...!, sirve de poco morir por los pueblos. Sólo aprovecha la muerte en los escenarios de Mitelburg.

Comisario: Colecciono borracheras, igualmente. Desde que tenía quince años he visto innumerables borrachos sobre las tablas, tant casi, como en la vida real. Su borrachera del segundo acto es un prodigio de sobriedad y de observación.

Nicolai: Ojalá sea así...

Comisario: Por último, colecciono también transiciones. De la risa al llanto y del llanto a la risa. La de usted en la escena con Xenia es un acierto. Por todo ello, le felicito.

Nicolai: Se lo agradezco mucho.

Comisario: Pero, claro está, yo no he venido a interrumpir su descanso sólo para eso. No, no... Primeramente ne presentaré. Me llamo Carol Spazkil, y vengo a ofrecerle un papel.

(Nicolai acusa con un leve gesto de cortesía la presentación de su interlocutor.)

Nicolai: ¡Ah! ¿Es usted agente, director de escena?... ¿O es usted aut y pretende estrenar y busca alguien que...?

Comisario: (Sale al paso de su ironía.) Ese tipo debe de darse con mucha frecuencia... ¿no es así?

Nicolai: (Un poco desconcertado) Sí, con bastante frecuencia.

Comisario: No es ese mi caso, amigo mío. Primero: el papel del que hablo, no está escrito.

Nicolai: ¿Cómo?

Comisario: No. Es un papel que, en cierto nodo, ha de improvisar usted.

a medida que lo represente.

Nicolai: ¡Ah!

Conisario: La obra tampoco está escrita.

Nicolai: (Coge la taza de café que estaba tomando, y la estrella colóricamente contra el suelo.) ¿Se burla usted? Le advierto que no suele salir barato a quien lo intenta.

Conisario: (Impávido.) No, nada más lejos de mis propósitos. Le hablo completamente en serio. Y se equivoca al suponer que me burlo, sólo porque, a primera vista, no me entiende. No no... Los papeles que usted ha hecho hasta hoy han sido como usted dice, papeles de una comedia escrita ya. Este sería el papel de una comedia que se iría haciendo a medida que usted la representaba. Usted tendría que ajustarse a unas líneas generales y, sobre ellas, según las situaciones improvisar. Los cómicos italianos del Renacimiento, si no equivocó, trabajaban así.

Nicolai: Mire usted: el oficio de actor ha cambiado mucho desde entonces. Yo hablo, pero no por mí mismo, sino sobre el texto que otros escriben. Pienso que su proposición es un poco extraña y que seguramente no vale la pena de que gaste su tiempo en explicárnela.

Conisario: Déjeme invertirlo como me apetezca, Nordson, y permítenme que me tome una parte del suyo. Es con buen fin... Para todo actor suele ser un sueño dorado un teatro en la capital: Mitelburg atrae mucho, ¿no es así?

Nicolai: Sí, así es.

Conisario: Pues bien: una vez cumplida su misión, usted podría tener un teatro en Mitelburg.

Nicolai: Sépase de una vez cuál es esa misión.

Conisario: Me he permitido suponer que gustosamente colaboraría usted en una tarea que interesa...al Estado.

Nicolai: ¿Al Estado?

Conisario: Completaré mi presentación. Soy Conisario del Gabinete de Propaganda.

Nicolai: Ajá. Bueno. ¿De qué se trata?

Conisario: ¿Usted fué educado religiosamente?

Nicolai: No.

Conisario: ¿Usted es creyente?

Nicolai: No.

Conisario: Voy a explicarle algunas cosas. El 9 de junio se cumplirán los cincuenta años de nuestra revolución. De 1906 a hoy, ¡cuántas cosas han pasado, cuántas crisis y alternativas ha sufrido el régimen! ¿Se imagina usted? Pero ha habido algo que apenas si varió desde entonces. La religión fué un enemigo del Estado en 1906 y sigue siéndolo en 1956. Para combatirla hemos hecho uso de todos los medios a nuestro alcance. Destruimos las iglesias y sus imágenes, perseguimos a los sacerdotes, sacamos de la Historia Sagrada y de los Evangelios divertidos cuentos de humor y nos reímos de las Vírgenes y de los Santos como podíamos haberlo hecho de los ídolos de los salvajes. Las grandes crisis interiores, las guerras, nos obligaron a cierta flexibilidad, a ciertos cambios de rumbo ----había que unir y no que dividir----pero a ninguna rectificación esencial. Como resultado de aquella política consecuente, hoy son muchos los que suponen que puede encararse el porvenir con cierta euforia. Ayer, en el Gabinete de Propaganda, alguien gritó Eureka. Según él, este país nuestro estaba ya prácticamente desecristianizado.

Nicolai: ¿Y eso es así?...

Comisario: Algunas voces discreparon, aun lamentándolo mucho, de ese Eureka triunfal. Y entre ellas, la mía.

Nicolai: ¡Ah!

Comisario: Yo sostuve la tesis de que, en efecto, se había dado un paso de gigante en la labor emprendida, pero que era pronto aun para cantar victoria. A mí mismo me preguntaba si la idea religiosa sigue teniendo en el alma popular las mismas posibilidades de germinación, el mismo poder de encantamiento que tuvo hace siglos o si, por fortuna, se ha hecho ya refractaria a su pueriles seducciones y se ríe de las creencias de nuestros abuelos. Me lo pregunté a mí mismo... y se lo pregunté a ellos.

Nicolai: ¿Qué contestaron?

Comisario: Me hicieron ver unas estadísticas un poco convencionales. (Nosotros anamos mucho las estadísticas...) Creyentes en 1906, en 1926 en 1956... No, no. Pero la discusión no iba por esos cauces. "Yo sé que el número de creyentes es pequeño ---les dije---, pero eso no demuestra que el morbo religioso se haya raído del alma del pueblo. Si a nuestros campesinos, si a nuestros obreros les encarásemos de pronto con algo desusado, que les sorprendiese, que no se explicasen al principio, que les suscitase la idea de un Dios posible, fuese cual fuese su nombre, ¿cómo reaccionarían?

Nicolai: Entiendo poco de lo que me dice, Comisario.

Comisario: Por ejemplo, si un día apareciesen dibujadas en el aire las viejas palabras de los libros sagrados "Mane, Tecel, Fares" el primer anuncio luminoso de la historia---¿qué interpretación darían a ese extraño hecho? ¿Qué buscarían detrás de sus destellos? ¿La cámara cinematográfica---interpretación racionalista---o la mano de Dios---interpretación sobrenatural?

Nicolai: Ya...

Comisario: Si un hombre que se llanase a sí mismo enviado de Dios, que se presentase como un profeta, se lanzase a predicar tres o cuatro ideas elementales, ¿qué sucedería? ¿Le tomarían por loco? ¿Se nofarían de él o le seguirían?

Nicolai: ¿Y no hay perturbos de esos por los caninos?

Comisario: Quizás se encuentren, pero es que éste no sería un perturbado. Este sabría bien papel. Y a tal punto que, si fuese preciso, haría milagros.

Nicolai: ¿Milagros?

Comisario: Claro que sí, amigo mío. Falsos milagros, naturalmente. ¿O es que cree usted que para la técnica moderna es difícil convertir el agua en vino o andar sobre las aguas del Tiberiades?

Nicolai: Ya...

Comisario: Entonces, yo, pronunciaré un nombre: Welskoye.

Nicolai: ¿Qué quiere decir?

Comisario: Welskoye se llana una ciudad situada a muchos cientos de kilónetros de aquí, que seguramente habrá oído nombrar alguna vez.

Nicolai: Sí...

Comisario: Esas rectificaciones de que le hablaba, no la afectaron. Esterilizada como un tubo de ensayo, Welskoye ha sido mantenida aparte, especialmente, de toda contaminación religiosa. Pensando en Welskoye, sugerí una experiencia.

Nicolai: ¿Cuál?

- Comisario: En lo único que creo de verdad es en el hombre. El hombre y la palabra viva. Más revoluciones desata un discurso de una hora que un tratado de quinientas páginas, y, al fin y al cabo, las obras completas de los grandes revolucionarios de la historia, desde Jesucristo a Lenin, ocupan poco espacio. Mejor que a la seducción de la propaganda escrita, habría que soneter a Welskoye a otra clase de seducciones más directas para saber a qué atenerse.
- Nicolai: ¿A qué seducciones se refiere usted?
- Comisario: Habría que permitir a alguien con autoridad, con elocuencia que predicase de nuevo por sus calles y plazas, en nombre de Dios. Y ver entonces lo que sucedía: si le tiraban piedras, o flores, o si se encogían de hombros a su paso.
- Nicolai: Ya...
- Comisario: Iba yo pensando quién podría ser la persona a la que confío una tarea tan delicada como esa, cuando se me ocurrió ver "Días Amargos". Y entonces, súbitamente, apenas usted apareció en las tablas... ¿comprende usted?
- Nicolai: Sí...
- Comisario: Dígame, pues, Nicolai Nordson, ¿le interesaría ser el enviado de Dios? ¿Querría hacer el papel de profeta?
- Nicolai: ¿Yo?
- Comisario: Ah, estaría estupendo, créanelo. Tiene la actitud, el gest la voz... La misma ropa que lleva le serviría...
- Nicolai: ¿La misma ropa?
- Comisario: Sí, claro, ¿por qué no?
- Nicolai: No sé... Se me ocurre que un profeta... hoy...
- Comisario: No junte usted esas dos palabras que casan con mucha dificultad. Hoy los profetas no existen. Por tanto, ¿quién sabe cómo deben vestir? Preferible es seguir la fórmula clásica. Por otra parte, un profeta es algo tan definido como pueda serlo un eucaliptus, un dragón, un águila, y los siglos resbalan sobre sus vestiduras.
- Nicolai: ¿Y no sería preferible... no sé... servirse de otras menos estrepitosas que las que llevo encima?
- Comisario: Calle, calle. El misterio y la sorpresa son dos buenos modistos. Así, tal como está, lleva ya ganadas algunas bases. Con su báculo, con su norral al hombro (lo señala, está en un rincón de la escena), con sus barbas... porque son suyas ¿no?...
- Nicolai: Sí... Me las dejé para hacer "Días Amargos". Sólo los apliques blancos son artificiales.
- Comisario: ¿No es maravilloso? Si se le permite usar una palabra vedada, ¿no es Providencial? Barbas naturales, Nicolai Nordson. Las barbas, exigidas a todo predicador religioso desde que el mundo es mundo. (Se ríe) ¡Ah, Nicolai, como anillo al dedo vendría para mi experiencia...!
- Nicolai: ¿Su experiencia?
- Comisario: Sí, porque todo quedaría reducido a eso, a una experiencia simplemente, practicada en un pueblo lejano y, al fin de la cual, los miembros del Gabinete de Propaganda tendrían unos cuantos hechos vivos de los que deducir sabias conclusiones y sobre las que tomar acuerdos muy sabrosos.
- Nicolai: ¿Y si triunfase?
- Comisario: Decir a sus seguidores: el tal profeta era un farsante, sermones, discos preparados; sus penitencias, mentiras... ¿No anularía su sienbra, no impediría, para siempre otras nuevas?

Nicolai: Sí... claro.

Comisario: Estoy en condiciones de ofrecer a quien colabore conmigo cuanto me pida. Dinero, naturalmente... Porque hacer de profeta cuesta dinero, ya lo sé... Y después, al final de todo, la posibilidad de que una noche, las luces de un teatro de Mittelburg iluminen en la fachada el nombre de Nicola Nordson. ¿Qué? ¿Le interesa la proposición?

Nicolai: ¿Y por qué han pensado en mí, y no en otros actores de los subvencionados, de los oficiales?

Comisario: La respuesta es, quizás, un poco deprimente, pero voy a dársela. Porque esos actores son conocidos y usted no. Sus retratos los publican los periódicos, y sus rostros los ha difundido el cine. El suyo, no. ¡Ah, nada de complejos de inferioridad! Dentro de poco, el suyo será conocido con el que más lo sea. Y de plataforma de lanzamiento le servirá, justamente, este papel que vengo a encargarle: el papel de profeta. Del profeta Nicolai. ¿Le gusta el nombre?

Nicolai: Bien. ¿Cuándo hay que empezar?

Comisario: Cuando quiera. Dentro de unas semanas... Ahora llega el buen tiempo. Profeta de verano, mejor que de invierno. ¿Qu
¿De acuerdo?

Nicolai: De acuerdo.

Comisario: Naturalmente, cuanto hemos hablado, queda entre nosotros.

Nicolai: Sí, claro... Pero yo necesito dar una explicación a los compañeros, indemnizarles...

Comisario: (Se echa mano a la cartera. Saca de ella un fajo de billetes. Los deja sobre la mesa.) ¿Suficiente?

Nicolai: (Un poco asombrado) ¡Oh! sí, sí...

Comisario: Dirá que va a ser contratado para tomar parte en una película y que debe empezar... dentro de una semana. Yo me encargaré de que la prensa publique la noticia.

Nicolai: Falsa noticia...

Comisario: Pues a pesar de eso.

(Transición.)

Nicolai: Un momento, Comisario. Mi representante, que es una especie de hermano mío, que lleva a mi lado muchos años, perro fiel siempre, ¿no puede venir conmigo? Entraría en el juego con facilidad. Y ese juego no podemos hacerlo usted y yo solos..

Comisario: Es a usted a quien necesito y a quien contrato. Nadie más ha de participar en nuestro secreto.

Nicolai: Sea.

Comisario: Así, pues, el lunes próximo... ¿Le parece bien? Saldremos para Welskoye.

Nicolai: Perfecto.

Comisario: ¿Ve usted como fué un error que no terminase de tomar pacíficamente su taza de café?

Nicolai: Hablaba usted con tanta vaguedad que tardé en entenderle.

Comisario: Una vez aclarado todo, ¿anigos, Nordson?

Nicolai: Anigos, Comisario.

Comisario: (Va a hacer mutis, pero se detiene) Ah, perdone... Le dije a usted que colecciono muertes... teatrales, naturalmente, no soy nada sanginario... Ese estertor con el que usted agoniza en "Días Anargos" y del que se le escapan esas últimas

palabras: "Ven muerte, y abrígame para siempre en tu sombría túnica..." ¿Cómo puede fingirlo, cómo lo hace en realidad?

Nicolai: Asista a la representación de mañana. Se lo dedicaré.

Comisario: (Algo embarazado) Discúlpeme si mi curiosidad le ha parecido un poco impertinente. Cárguelo en la cuenta de mi afición.

Nicolai: Es que así, en frío... sin estar frente al público... no sería capaz de...

Comisario: Lo comprendo, lo comprendo. Buenas noches. (Mutis por la izquierda)

Nicolai: (En un grito tremendo) ¡Ayyyy...! (Se desploma en el suelo. El Comisario entra de nuevo, sobresaltado.)

Comisario: ¿Qué le pasa a usted? ¿Se ha puesto enfermo?

Nicolai: (Reneda su muerte en "Días Amargos") Ven muerte, y abrígame para siempre en tu sombría túnica...

Comisario: (Cuando ya Nicolai ha expirado. Casi sin modular las palabras.) Maravilloso, maravilloso...

David: (Entra precipitadamente) ¿Qué le sucede, Nicolai? ¿Se encuentra mal?

(Nicolai se sienta en el suelo y rompe a reír, el comisario le secunda. David, como es lógico, no entiende nada.)

Comisario: (Sin dejar de reírse.) ¡Maravilloso, Nicolai Nordson, maravilloso...! Muchas gracias por todo...y buenas noches. (Hace mutis riéndose todavía.)

Nicolai: (Desde el suelo. Sin intentar siquiera levantarse.) Buenas noches, amigo, buenas noches.

(David le mira estupefacto y cae el

TELON

PRIMERA PARTE

CUADRO PRIMERO

(Al levantarse el telón, se ven unas cortinas de gasa gris, practicables en el centro por todo el decorado. El Comisario se abre paso entre ellas y mira lentamente y en silencio la escena vacía, a derecha e izquierda. Entonces habla con Nicolai, disimuladamente, como si no quisiera ser oído. Nicolai no se deja ver aún.)

Comisario: Esta es la cantina. Hay unos tipos comiendo y bebiendo, y otros jugando.

Nicolai: ¿Qué le parece, Comisario?

Comisario: Hábleles. ¿Recuerda bien lo que tiene que decir?

Nicolai: ¡Oh sí, no se preocupe de eso!

Comisario: Buena suerte. Nicolai.

(El Comisario avanza en escena. Se pasea por ella de un lado a otro y va a situarse en el extremo derecha. Nicolai entra resueltamente, avanza unos pasos y sinuamente habla a los clientes de la cantina.)

Nicolai: Hermanos: que Dios bendiga vuestros alientos y los haga eficaces para la salud de vuestros cuerpos. Porque hay un Dios al que ninguno de nosotros es ajeno y ante el que un día u otro tendremos que responder de nuestros actos. Pero eso no

debe abrumarnos, sino llenarnos de alegría, porque demuestra que cuando la vida física acaba, hay otra en la que nuestro espíritu se prolonga y continúa para siempre. Yo os invito a que meditéis sobre estas verdades tan sencillas, hermanos, y a que ajustéis a ellas vuestra conducta. Si así lo hacéis, seréis dichosos, aquí, mientras viváis, y al otro lado de la vida cuando ésta acabe. La paz, hermanos míos, la paz.
(Hace mutis por medio de las cortinas seguido por el Comisario)

Nicolai: ¿Qué gente es ésa, Comisario?

Comisario: Esperan, creo yo, que empiece el cine. Sí, ¿no oye el timbre? Hay un cine ahí enfrente.

Nicolai: Voy a hablarles, Comisario.

Comisario: Considero que este es un momento sumamente propicio. Todos tienen el ánimo preparado para presenciar un espectáculo que hable a su imaginación. Usted es un espectáculo también. Por su aspecto, por sus barbas. Hábleles, sí, le harán caso. Las luces del cine no se han encendido todavía. Lo único imprescindible es que usted termine antes de que se enciendan. La imagen, ya lo sabe usted, es la gran enigma de la palabra. Si no acabase a tiempo quedaría sin auditorio, Nicolai... Y eso no debe pasarle nunca a un actor como usted. Adelante, amigo mío.
(Nicolai habla desde la lateral izquierda.)

Nicolai: Hermanos: os traigo una buena nueva, Dios existe. Esta verdad sencilla, ha sido olvidada por las promociones a las que pertenecemos. Era, sin embargo, una verdad en la que creyeron nuestros padres y nuestros abuelos. Y no de las que destiñe el tiempo, sino al contrario, de las que se afirman con su transcurso. Cultivad en vosotros mismos la idea de Dios. Llevadla a vuestros estudios, a vuestros juegos, a la vida cotidiana. Dios no es un ídolo, cuyo culto se extingue. Dios es un ser bueno y poderoso, al que debemos rendirle pleitesía. Y la manera de demostrársela, ¿sabéis cuál es? Servir a nuestros semejantes, odiar el odio, únicamente, y no otra cosa. Y limpiar nuestra conducta de vicios y pasiones para cuando nos llegue la hora de comparecer ante Él. Si así lo hacéis, vuestro espíritu se llenará de alegría y al otro lado de la muerte, hallará su recompensa definitiva. La paz, hermanos míos, la paz.

(Mutis por el lateral de su entrada, seguido por el Comisario.)

Comisario: ¡Oh, yo no hablaría aquí!

Nicolai: ¿Y por qué no?

Comisario: Fíjese qué guirigay. No vale la pena de que malgaste sus fuerzas.

Nicolai: No importa.

Comisario: El que se alimenta puede quedarse un momento con el bocado en el aire, para ver lo que le dicen, aun es posible que el que se divierte suspenda un segundo su diversión, pero los que compran y los que venden esos son completamente ajenos a todo lo que no sea negocio, y ni le mirarán siquiera.

Nicolai: ¿Quién lo sabe?

Comisario: Haga la prueba, si le apetece.

Nicolai: (Desde el lateral derecha, habla con un poco más de fuerza.) ¡Hermanos en Dios! La cidicia oxida el alma. Ningún sentimiento existe en la vida que más la entristezca y amargue. Sed generosos, no sólo de vuestro dinero, sino de vuestras palabras y de vuestros sentimientos, y veréis cómo el espíritu se eleva sobre las miserias de cada día y os hace superarlas. El más pobre, es el más rico y el más rico, es el más pobre, el más atado. Yo vengo a predicaros en nombre de Dios el desprendimiento de los bienes terrenos y la noble

ambición de los del espíritu, porque sólo a través de ellos veréis a Dios en toda su grandeza. Dios existe, aunque se haya intentado suprimirle y a El vamos irrenisiblemente. Que cuando lleguenos a su encuentro, lo hagamos libres de deseos nequinos. Atended mis palabras; no las desoigáis. Y la paz, hermanos, la paz.

(Vuelve a hacerse el oscuro para que Nicolai desaparezca pero una luz ilumina el rostro de dos agentes. Visten uniforme convencional y llevan una pistola al cinto. Entre los dos aparece Nicolai por el foro.)

Agente 1: ¿Es usted el que se hace llamar el Profeta Nicolai?

Nicolai: Sí, yo soy el Profeta Nicolai.

Agente 1: Queda detenido.

Nicolai: ¿Por qué?

Agente 1: No tengo por qué darle explicaciones. Ya se las darán donde corresponda.

Nicolai: ¿Quién ha ordenado que se me detenga?

Agente 1: ¿Qué le importa? Ya lo sabrá en su momento. Y ahora, basta de conversación.

Nicolai: Está bien. Les obedezco.

OSCURO

CUADRO SEGUNDO

(Al hacerse la luz, nos encontramos en las ruinas del monasterio de Welskoye. A la luz de la luna ese claustro debe brillar misteriosamente....) (Al levantarse el telón estará en primer término Mateo. Bárbara su mujer, aparecerá luego. Los dos visten pobremente pero con cierto decoro.)

Mateo: (A su mujer) Ven, Bárbara.

Bárbara: (Por la izquierda) Aquí es, no?

Mateo: Supongo que sí. Este es, por lo menos, el claustro del monasterio. Y aquí nos dijeron que vivía el Profeta.

Bárbara: Me cuesta trabajo creerlo. ¿Al aire libre? ¿Como un animal del bosque?

Mateo: No, mujer... Detrás de esas piedras, hay dos o tres celdas que aún se tienen de pie. En ellas debe de estar. (Mira en torno suyo) ¡Qué pena da esto!... Lo que es el fuego. (El monasterio había sido quemado hacía varios años.)

Bárbara: Y la mala intención Mateo.

Mateo: Y el tiempo... Mira que Welskoye está cerca... Pues yo la verdad, no había subido nunca hasta aquí. (Transición) ¿Y Aglaia?

Bárbara: Atrás viene, la pobre...

Mateo: (Llamándola) ¡Aglaia!...

Bárbara: Déjala, se ha sentado, para tonar fuerzas, en la plazoleta de de la entrada...

Mateo: Bueno, ¿y ahora qué hago?... Ahora que lo tengo al alcance de la mano, no me atrevo, Bárbara.

Bárbara: No seas tan tímido... Ya que nos hemos resuelto a buscarle, seríamos bobos si nos volviéramos a Welskoye sin haberle hablado.

Mateo: Hazlo tú. A mí me da reparo.

Bárbara: ¿Por qué? ¡Si es la bondad misma! Háblale... No perdamos la ocasión, no sea que...

Mateo: ¿Qué?

Bárbara: Que le metan en la cárcel otra vez.

Mateo: ¿Me encerran?

Bárbara: ¿Qué razón hubo para que lo metiesen la primera? Pues igual podrían encerrarlo de nuevo. O desterrarle, que sería peor... o pegarle cuatro tiros.

Mateo: ¡Calla mujer! ¿Me decido?

Bárbara: Piensa en nuestra hija y te sentirás con fuerzas.

Mateo: Sí, pobre Aglaia... Todo sea por ella. (Se acerca al foro y se le aparece David.)

Bárbara: ¿Busca a alguien, señor?

David: Sí.

Mateo: ¿Tal vez al Profeta?

David: Sí, justo.

Mateo: También lo buscamos nosotros, señor.

David: Me han dicho que daría con él en estas ruinas.

Mateo: Sí, aquí está. Detrás de esos muros debe de vivir... Pero no nos atrevemos a llamarle.

David: ¿Qué quieren de él?

Mateo: Hablarle. Esta es Bárbara, mi mujer. Yo soy Mateo. Vivimos en Welskoye. Tenemos una hija que se llama Aglaia y...

Bárbara: Voy a decirle que venga.

David: ¿Para qué? No lo hagan. No podrán verle.

Mateo: ¿Por qué?

David: Porque... el Profeta...

Bárbara: ¿Usted estaba con él cuando le metieron en la cárcel?

David: No, entonces no... ¿Cómo fué?

Bárbara: Unos de la policía, cuando iba a hablar a unos trabajadores, lo cogieron.

David: ¿Y qué hizo él?

Bárbara: Nada... ¿Qué podía hacer?

David: ¿Y ha estado preso mucho tiempo?

Mateo: Cuatro semanas, señor. Hace sólo quince días que lo soltaron.

David: Y una vez ya en la calle, ¿qué ha hecho?

Mateo: Igual que antes. Hablar, hablar. Es maravilloso...

Bárbara: Puesto que usted le conoce, según parece, ¿por qué no nos ayuda a que le veamos?

David: No, déjenle ahora. Tengo algo urgente que decirle.

Bárbara: Sería cosa de poco.

Mateo: No insistas, Bárbara. (A David) Las mujeres son tercas, ¿Sabe usted?

(Por la izquierda, se aparece EL VIEJO. Diríase que lo es, en efecto, por antonomasia. Se apoya en un bastón y se sienta en

una piedra que está cerca.)

Bárbara: Oigame: ¿y si volviésemos mañana?

David: Ah... bien, sí. Vuelvan mañana.

Bárbara: Ya lo oyes, Mateo. Mañana, dice... ¿Se imagina que a mí me importa volver otra vez o diez o cien? ¡Qué va! Solamente, si insistíamos, era por nuestra hija.

David: ¿Qué le pasa a su hija?

Bárbara: (Mientras hace mutis, seguida por Mateo, por la izq.) Que está enferma, señor, que está enferma...

(David ve ahora al VIEJO y se dirige a él.)

David: ¿Qué desea, buen hombre?

Viejo: Nada. Hace años que no deseo nada.

David: ¿A quién espera?

Viejo: A nadie. Hace años que no espero a nadie.

David: Puede marcharse, entonces, y seguir su camino.

Viejo: Estas piedras son de todos. Nadie puede impedirme que descanse aquí.

David: Eran de todos. Ya no. Hay quien vive en ellas.

Viejo: Ya sé quién es: el Profeta Nicolai.

David: Sí, ese mismo.

Viejo: Quiero hablarle.

David: Márchese. No lo conseguirá.

Viejo: ¿Y por qué no?

David: Vuelva después. Yo le ayudaré entonces a que le vea.

Viejo: ¿No me engaña?

David: No le engaño.

Viejo: Si es así...

David: Váyase, buen hombre, váyase. Ya hablaré a Nicolai... al Profeta Nicolai.

(El viejo se ha dejado persuadir; hace mutis por la izq. Por la derecha, un coro juvenil canta con aire burlesco.)

Una sola voz: _____ El Profeta Nicolai,
en un profeta sin par.
Sabe hablarnos, convencernos,
conmovernos y ayunar.

Todos: _____ Conmovernos y ayunar.

Una sola voz: _____ Gracias a que Dios le escucha,
nada nos podrá ocurrir.
Ya nos ha quitado el miedo,
de enfermar o de morir.

Todos: _____ De enfermar o de morir.

(El coro se disuelve en un rumor de risas y conversaciones.)
(Nicolai sale por el foro. Va caracterizado como en el cuadro anterior.)

Nicolai: (Asombrado) ¡David...!

David: Nicolai Nordson...

Nicolai: ¿Por qué has venido?

David: Tuve miedo de usted. Desde que oí al Comisario la noche en que vino a verme, quedé intranquilo. Después, su falta de noticias me alarmó. Me sentía casi rico, Nicolai, y como en vacaciones. Y decidí llegar a Welskoye. Y aquí me tiene.

Nicolai: David, mi fiel David... ¿Cómo has podido dar conmigo?

David: ¿Le extraña? Lo difícil es, si quiere, dar con Welskoye. Ya en Welskoye, el resto es más fácil. Dígame, ¿es cierto lo que he oído? ¿Ha estado en la cárcel?

Nicolai: Sí.

David: ¿Y por qué?

Nicolai: Lo ignoro.

David: ¿Nadie le explicó el motivo, ni le tomó declaración, ni le acusó de nada?

Nicolai: Nadie.

David: Y el Comisario, ¿le abandonó a su suerte?

Nicolai: Nada sé de él.

David: ¿Desde cuándo?

Nicolai: Desde los primeros días, no he vuelto a verle.

David: Nicolai, yo he venido solamente para una cosa, para que se marche de Welskoye. Vuelva a ser el actor Nicolai Nordson. Deje de ser para siempre el Profeta Nicolai.

Nicolai: No. Nunca viví un personaje como éste, con tanta entrega, con tanta pasión, tan sin descanso.

David: ¿Es imposible?

Nicolai: Si fuésemos artistas de verdad, ese sería nuestro sueño. Lo cierto es que no lo somos. Soñamos con la hora de quitarnos los aceites, las pelucas, con recobrar nuestra voz natural; debería ser al contrario.

David: Jefe, eso es imposible. La vida es una cosa, la escena es otra.

Nicolai: Pero cuando se nos presenta, como a mí ahora, la posibilidad casi mágica de vivir las dos simultáneamente, hay que aprovecharla. Una ocasión así, no vuelve nunca.

David: Nicolai...

Nicolai: Este es mi gran momento, créeme. Después de buscar tanto tiempo, en los manuscritos de los aprendices, en las obras de los consagrados, el personaje que me gustaría encarnar, he venido a descubrir éste que represento. Y te aseguro que no hay quien haya escrito nunca otro que le iguale.

David: Pero, Nicolai...

Nicolai: Hay que tener el valor de ser sinceros. Lo que de verdad amamos los actores, es el aria coreada, y aún mejor, el monólogo. Hablar, imprecisar, sollozar... y que los demás callen y nos escuchen: ¡qué delicia!... Ser el profeta Nicolai es eso, David. Entre, de pronto, en los lugares más inesperados. La gente nos mira con asombro. Están jugando, trabajando o tomando el sol de verano. Y hablo yo. Yo soy el protagonista absoluto, ¿me entiendes? Y los demás son comparsas.

David: No desdeñe a los comparsas, jefe. También ellos tienen su parte en esta historia. En todo caso, ese papel que tanto le enamora, a mí me gusta menos.

Nicolai: ¿Por qué?

David: No veo claramente a dónde nos lleva, ni lo que puede traer consigo. La cárcel, jefe... Pero, ¿se da cuenta de lo que significa el que haya estado en la cárcel? ¿No comprende que puede repetirse, que si nadie le defendió la primera vez, tampoco le defenderán la segunda? Admito que sea maravilloso vivir la vida del Profeta Nicolai; pero, ¿qué otros personajes de los que ha interpretado como actor le han costado tan caro?

Nicolai: Me hablas de la cárcel... Y la verdad es que la olvidé por completo. Me parece como si viviera una convalecencia en la que se hubiese esfumado el recuerdo de la enfermedad. Por otra parte, algún día sabrás que yo debo a la cárcel muchas cosas.

David: No sé si un teatro en Mitelburg vale la pena de pasar por ella.

Nicolai: ¿Un teatro en Mitelburg?

David: Vuelva a su punto de partida, reuna de nuevo a sus actores. Están deseando trabajar a su lado. Le repito, tengo miedo... Me parece que estamos provocando fuerzas desconocidas, y no sé cómo saldremos de esto.

Nicolai: No te preocupes.

David: Usted se ha movido siempre entre sus compañeros de profesión, entre los críticos que le estimaban o le menospreciaban, entre el público que le aplaudía o le volvía la espalda; pero cada cosa, las favorables y las desfavorables, tenían su nombre y su medida. Y ahora no... Yo no sé en qué puede parar esta aventura.

Nicolai: Claro que las cosas son muy distintas... ¿Y cómo no han de serlo? Al fin y al cabo, cuando yo representaba "Días Amargos", o "El Rey Lear", o "Juan Gabriel Borkman", no hacía más que dar forma física a unos seres que vivían tres horas en un escenario, simplemente, y lo que hago ahora es meterme dentro de alma de los espectadores y plantearles problemas, preguntas graves, remover sus conciencias... y eso es distinto...

David: Y no es lo nuestro.

Nicolai: Es mucho mejor. Empiezo a creer que en la vida vale más hablar con las palabras torpes y primerizas de un jefecillo de pueblo, sobre un tema cualquiera de política rural, que sobre el amor y la muerte, con palabras prestadas, aunque sean de Shakespeare.

David: Pero esa es su profesión, y para lo que sirve... Y no puede cambiarla.

Nicolai: Ese es tu error, David. Pienso que es eso, justamente, lo que estoy haciendo: cambiar una por otra. Y se me ocurre que estoy entrando en una fase tal, que ya no sé qué parte de mi piel es la piel del actor y qué parte es de verdad la piel del profeta.

David: A algún actor le ha hecho enloquecer su personaje, y yo no quiero que sea esa su suerte.

Nicolai: Enloquecerme... ¡Ah, eso no, naturalmente!... Pero transfigurarme, ¿por qué no ha de transfigurarme?

(Se queda abstraído mirando al espacio. A sus espaldas, ha entrado El Comisario, que lo contempla en silencio. Es David quien advierte su presencia.)

David: (Con extrañeza. Apenas sin vocalizar.) El Comisario...

Comisario: Nicolai Nordson, buenos días.

Nicolai: Buenos días, Comisario.

Comisario: (A David) Yo le he visto antes... no sé bien dónde... ¡ah, sí, en su camerín. ¿Le mandaron llamar?

David: No, vine yo, espontáneamente, Comisario. Mi nombre es David Chernay.

Comisario: (A Nicolai) Recuerdo que me hizo un gran elogio de su fidelidad. Ahora comprendo bien con qué justicia. Encantado de conocerle. ¿Y cómo van las cosas Nicolai? ¿Es usted rencoroso?

Nicolai: ¿Por qué me lo pregunta?

Comisario: (En tono amistoso y de sinceridad) Le debo una explicación, amigo mío. Y quiero dársela sin reservas. Si pensó alguna vez, cuando estaba en la cárcel, que yo era el culpable de su detención, acertó usted.

David: ¿Fue usted, en efecto?

Comisario: Cálmese, David... No sea que lo tome más a pecho que el propio Nicolai. Fui yo, sí. De sobra sé que la cárcel es mala cosa para todo el mundo, pero peor que para nadie, para el actor. El actor necesita vivir siempre en olor de multitud. Dialogar es su oficio y el público una parte esencial de su profesión. Arrebatarse de su medio y encerrarle en una celda, es algo contra natura. Cuando ordené que le detuvieran, yo sé que hacía un flaco servicio a Nicolai Nordson, pero en cambio abría un porvenir ilimitado al Profeta Nicolai.

Nicolai: ¿Cómo es eso?

Comisario: En primer momento, creí que iba usted a fracasar. No quise llegar a esa conclusión sin agotar antes mis exploraciones. Y la mandé detener para proyectar la atención de Welskoye sobre usted. Cuando se le puso en libertad, todo había cambiado, ¿no es cierto? Hubo quien huyó, temeroso, pero su presencia no cayó para nadie en el vacío. El Profeta Nicolai quedó convertido en un personaje. Antes, dicho sea de paso, había sido denunciado como agitador.

David: ¿Cómo agitador?

Comisario: Sí, y no sin motivo. Es natural suponer, por instinto, que un profeta va en contra del Estado. Los profetas anuncian el porvenir. El Estado dice siempre que es excelente. Los profetas suelen discrepar y eso es molesto para el Estado. Un mes de cárcel... no es agradable, ¡qué caramba!... Pero la অপত্বেশ de su libertad le ha indemnizado, estoy seguro. Sé muy bien dónde habló y ante quienes... Por cierto, ¿qué pasó en los Jardines de Molva?

Nicolai: Nada importante... ¿Es que no lo sabe?

Comisario: A medias nada más.

Nicolai: Yo predicaba la rebeldía contra la muerte, esto es, contra la versión material de la muerte como final definitivo del hombre.

Comisario: ¿Hablaban algo de eso las notas que le di?

Nicolai: Tal vez, no; pero yo sacando de ellas sus últimas consecuencias, llegué a esa conclusión: a la de que hay un principio divino dentro de nosotros mismos, que no morirá nunca.

Comisario: (Sonreído) Bien. ¿Y qué pasó?

Nicolai: Uno, se encaró conmigo y me llamó traidor.

Comisario: ¿Y usted que hizo?

Nicolai: Nada...

David: ¿Se dejó insultar?

Nicolai: Yo... a eso, no... El Profeta Nicolai, sí.

Comisario: ¡Ah, gran actor! Tan grande, que nadie ha descubierto que es actor. Como profeta habrán podido discutir si era falso o verdadero, pero su condición de actor nadie la ha adivinado.

Nicolai: ¿Y cómo podrían haberlo hecho? Mis barbas, mis greñas, mis

harapos, ¿no son, de verdad, míos? ¿Es que guardo en el camerín otro traje distinto para salir a la calle?

Comisario: Pero hubiesen podido sos pechar que eran postizas, si no sus barbas y sus ropas, sus palabras. Y no lo han sospechado...

Nicolai: ¿Mis palabras?...

(Por la izq. aparecen tres muchachos y una muchacha. Tienen aire estudiantil. Un poco más atrás entra Sergio, joven también.)

Muchacho 1 : Hermano Nicolai....

Nicolai: Sí... (Acercándose a ellos)

David: (Intenta detenerlo) No, dejadle ahora, está cansado...

Nicolai: (Lo aleja) No lo estoy. Y aunque lo estuviera, sería lo mismo. Decídme qué queréis.

Muchacho 1 : Quedamos muy impresionados, hermano Nicolai, por tus palabras, y deseábamos preguntarle si podrías venir a hablar-nos en nuestra escuela.

Nicolai: Sí, Iré.

Muchacho 1 : Nuestras clases terminan todas las mañanas a las doce y eso sería buen momento de que tú...

Nicolai: Iré.

Muchacho 1 : Algunos de nosotros queremos discutir contigo eso de que nos hablas, del más allá, de la vida inmortal, de todo lo que has explicado los últimos días.

Nicolai: Iré.

Muchacho 1 : Y aquí están algunos de mis compañeros que desean saludar. ¿No os lo dije muchachos?

(Todos le hacen rueda a Nicolai y cantan la canción que se oyó antes tras bastidores; luego van saliendo.)

Sergio: (Que ha quedado alejado) Maestro...

David: (Coléricamente) ¡Fuera! (Nicolai se había puesto de rodillas y así permanece)

Comisario: Bien, bien, bien, amigo. Admirablemente bien.

Nicolai: Por qué?

Comisario: Nicolai Nordson, en un primer momento, pareció que iba a dejarse llevar de sus impulsos. (Nicolai había intentado levantar el puño para los estudiantes) Levantó su puño contra los bergantes despuesto a tundirles... ¡Ah, sospech que no le falta genio para hacerlo...! Pero, de pronto...

Nicolai: Yo no puedo servirme de la violencia. Vine a predicar la comprensión, la tolerancia, el amor recíproco... Debía besar la mano de ese muchacho.

Comisario: ¿Quién le inspira ese gesto?

Nicolai: No lo sé...

David: ¡Está loco, jefe! Acabarían tirándole piedras, escupiéndole a la cara, vejándole. Y usted qué?

Nicolai: No me defenderé.

David: Debería avergonzarle. No le reconozco.

Nicolai: ¿De verdad me encuentras cambiado? ¿Soy otro? Yo también me noto distinto.

David: He venido hasta aquí en la creencia de que podría serle útil,

pero empiezo a pensar que tal vez no me necesita.

Nicolai: Escucha, yo sé que me aprecias, yo te aprecio también. Pero si yo te dijese: vete, me haces daño continuando a mi lado, ¿me comprenderías?

David: A medias nada más. Aunque esté dispuesto a obedecerle.

Nicolai: Gracias, mi fiel David, gracias.

Comisario: (A David) ¿Por qué no me acompaña? Conviene que hablemos los dos.

David: (Decidido a irse con el Comisario) Sí. Adiós, Nicolai. Buena suerte.

Comisario: Hasta pronto. O mejor, la paz, hermano Nicolai.

(Hacen mutis por la izq. Entran Bárbara y Mateo, luego el Viejo y Sergio.)

Sergio: ¿No me reconoce, Maestro?

Nicolai: No...

Sergio: La otra tarde, en Los Jardines de Molva, te oí hablar....

Nicolai: ¡Ah! ...

Sergio: Yo era uno de... los estudiantes.

Nicolai: Ya recuerdo...

Sergio: Todo fue muy desagradable. Principalmente... lo de Román.

Nicolai: ¿Qué hizo Román?

Sergio: Insultarte: te llamó traidor.

Nicolai: El orgullo, la dignidad, son valores humanos a los que no doy importancia.

Sergio: He pensado largamente en lo que te oíste. Hoy por la mañana me decidí a buscarte. Hay algo que quiero decirte.

Nicolai: Te escucho.

Sergio: Creo en cuanto crees tú.

Nicolai: Ah...

Sergio: Tu idea esencial es ésta: hay algo más del otro lado de la vida física.

Nicolai: Así es...

Sergio: Dios espera en las puertas de la muerte.

Nicolai: Justo.

Sergio: Me resisto a la idea de que estemos sobre la tierra, como arrojados, por el desdén y la frialdad de una voluntad superior. Y se me ocurre que tenemos un deber que cumplir.

Nicolai: ¿Cuál?

Sergio: El de difundir la verdad.

Nicolai: (Vagamente) Claro...

Sergio: El de ir por todas partes predicándola. Porque antes y después de conocerla, todo cambia.

Nicolai: Cierto.

Sergio: Vengo a unirme a tí y quiero que sepas que estoy dispuesto a seguir tu camino.

Nicolai: (Le mira enigmáticamente) ¿Cómo te llamas?

Sergio: Sergio. Soy estudiante de la Escuela Superior.

Nicolai: Escucha, Sergio: nunca sabrás cuánto me conmueve oírte, al ver que te acercas a mí como un discípulo.

Sergio: Así es.

Nicolai: Eso me da la medida de mi verdad.

Sergio: ¿Te sorprende?

Nicolai: No, ya lo sabía. En cierto modo... ah, eso no puedes entenderlo, mi primer discípulo, no eres tú, soy yo mismo.

Sergio: ¿Tú?

Nicolai: No, no puedes entenderlo, ya te previne. Y no sé tampoco si entenderás por qué te rechazo.

Sergio: No...

Nicolai: Y lo grave es que no me es posible explicártelo. Pero es indudable que he de renunciar a tu ilusión, a tu generosidad, a tu convencimiento.

Sergio: ¿Me rechazas?

Nicolai: Sí.

Sergio: Y si así es, ¿por qué predicas? ¿No es para convertir a los que no creen?

Nicolai: Sí.

Sergio: ¿Y qué haces con los que conviertes, como yo? ¿Les apartas de tu lado? ¿les niegas tu ayuda?

Nicolai: Sí.

Sergio: ¿Qué hemos de hacer entonces?

Nicolai: No contar conmigo, seguir vuestro camino como si no existiese

Sergio: ¿Esa es tu última decisión?

Nicolai: (Tras una larga pausa) Hoy sí.

Sergio: ¿No cambiarás?

Nicolai: Espera que pase el tiempo. Acaso un día...

Sergio: ¿Qué?

Nicolai: Déjame ahora Sergio. Y gracias por cuanto me has dicho.

Sergio: (Se arrodilla) Bendíceme...

Nicolai: ¿Bendecirte?

Sergio: Sí.

Nicolai: No, eso no.

Sergio: Ya que me niegas el privilegio de luchar a tu lado, concédeme al menos... tu protección espiritual.

Nicolai: ¡Sergio!

Sergio: Voy a imitar tu ejemplo, a repetir tus palabras, a trabajar para que se ilumine por dentro el corazón de los que no creen... ¿Y serás capaz de negarme tu bendición?

Nicolai: Escucha...

Sergio: Sé que he de correr muchos riesgos, que han de perseguirme, que he de sufrir; pero si tú me ayudas, aunque sea a distancia, con tu aliento, no me faltarán las fuerzas.

Nicolai: (Resuelto) Sergio... (Le pone la mano sobre la cabeza) Yo te bendigo.

(Sergio le besa la mano. Después hace mutis, mirándole)

Bárbara: Está solo, corre, háblale.

Mateo: Hermano Nicolai: ayúdanos.

Nicolai: Qué queréis de mí?

Mateo: Bárbara y yo tenemos un hija, es un ángel que no parece de este mundo, de dulce y cariñosa que es. Aglaia se llama.

Bárbara: ¿Qué importa el nombre? El caso es que Aglaia... veinte años tiene... Hace dos... de repente, sin que sepamos por qué, una noche se acostó alegre y sana... y al despertarse... (Llora) Discúlpeme, señor, es que me da tanta pena cuando me acuerdo; El caso es, que, por la mañana, cuando le llegó la hora de levantarse, intentó hacerlo... y no pudo... Las piernas se le doblaban, no le regían, no eran capaces de llevarla a ninguna parte... ¿Comprende? Y así está desde entonces...

Mateo: La ha visto el médico... pero no la entiende.

Bárbara: Sólo hay una posibilidad de que Aglaia se salve.

Nicolai: ¿Cuál es? (Se arrodillan los dos)

Mateo: Voz, señor.

Nicolai: ¿Imagináis que soy un mago? Me da mucha pena decirlo que os equivocáis.

Bárbara: No...

Nicolai: Os aseguro que sí, hermanos.

Mateo: En el pueblo se cuenta que habéis hecho milagros, que en Welskoye, a la hija de un capataz que se llama Helena y que estaba como Aglaia, la curásteis con sólo ponerle la mano sobre la frente.

Nicolai: ¿Dicen eso?

Bárbara: Y que os han visto cruzar el lago de orilla a orilla, sobre las aguas, sin mojaros siquiera.

Nicolai: ¿Quién os ha contado esas cosas?

Mateo: Todos hablan de ellas.

Nicolai: Pero no son ciertas. Yo no curo a nadie ni hago milagros.

Mateo: Pero podríais hacerlos, si quisiérais.

Nicolai: No... no podría.

Bárbara: Entonces... ¿qué diremos a nuestra hija? Vino con nosotros. Aguarda aquí cerca.

Mateo: Se morirá de pena si sabe que...

Bárbara: Ella tiene tanta fe... Hoy por la mañana la cara le resplandecía sólo de pensar que venía a veros.

Nicolai: Quitadle de la imaginación esas ilusiones. Por desgracia yo no seré quien remedie sus males.

Bárbara: ¿Y ese Dios del que habláis?

Nicolai: Sólo os diré una cosa: si yo pudiese, Aglaia sanaría.

Bárbara: Pues claro que podéis.

(Aglaiia aparece por la izquierda. Se apoya en unas muletas.)

Mateo: Miradla: ¿verdad que es triste verla?

Nicolai: Sí, es muy triste.

Bárbara: Ponedle la mano en la cabeza como hicísteis con Helena.

Nicolai: Será inútil...

Bárbara: Probadlo, por lo menos. Vuestras manos son santas.

Nicolai: No lo creáis.

Bárbara: Intentadlo, señor. (Aglaiia se arrodilla ayudada por sus padres. Nicolai pone su mano sobre la cabeza de Aglaiia tras un momento de basilación.) ¿No rezáis?

Nicolai: (Con visible sufrimiento) Sí rezo... Dios: olvidad quién os lo pide. Ved sólo a esta pobre criatura, con su juventud, con su invalidez. Apiadáos de su dolor y del de sus padres.. (Súbitamente) ¡Basta ya! ¿Por qué queréis que rece? ¿Y a qui ¿Qué os imagináis? ¿Qué Dios está allí, flotando sobre estas ruinas y esperando que yo le pida que cure a vuestra hija para concedérmelo? ¿Y por qué? Si os lo ha negado a vosotros qu sois limpios de alma, ¿por qué me lo va a conceder a mí, que soy un farsante? Ahora ya lo sabéis. No contéis conmigo. Llevad a vuestra hija a Mitelburg. Buscad lo médicos y las medicinas que os convengan. Sólo ellos hacen milagros.

Bárbara: Pero, señor...

Nicolai: Mis manos no sirven de nada.

Mateo: Perdonadnos, señor, nosotros suponíamos....

Nicolai: Mal supuesto.

Mateo: Vámonos, Agaia, vámonos.

(Salen Mateo, Bárbara y Aglaiia; Nicolai se deja caer, sollozand El Viejo se acerca lentamente a él.)

Viejo: Lloro, hijo mío, te hará bien. Te duele tu importancia, el sen tirtte incapaz de curar a esa pobre niña... ¿y qué querías? Que hubiese echado a andar simplemente por tocarla con la mano. ¡Ah, no, eso habría sido un milagro grande... y Dios los permit rara vez.

Nicolai: Lloro por muchas cosas que no puedes sospechar.

Viejo: Pero hay algunas que adivino, hijo mío. Escúchame: los camino de Dios son muy oscuros. Acaso tú, sin saberlo, has sido elegid

Nicolai: ¿Yo...?

Viejo: Sí, que no te quite fuerzas pensar de dónde vienes no lo que fu te. Sigue por dónde vas. H bien a cuantos se te acercan, y a mismo.

Nicolai: ¿Quién eres para hablarme así?

Viejo: ¿Qué puede importarte? Mucho tiempo atrás, antes de arder el Monasterio, había en él un chiquillo inquieto y alegre, al que llamaban en broma "el hermano Mandadero" Iba y venía de un lado para otro soñando siempre con la hora de entrar al servicio de Dios. Yo soy, el hermano Mandadero... Los monjes murieron ya. ¿Sabes que hay quien dice que alguna vez se les oye cantar, como si aún estuvieran en el coro? No soy nadie, nadie... ya lo vez... Pero la fe que llevo en mi corazón desde entonces, me pe suade de que tengo a Dios cerca de mí y de que El me asiste. Yo sí quiero bendecir tu alma torturada, pero limpia. Y lo ha go como se ha bendecido siempre, desde hace dos mil años sobre la tierra: en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Sa to... (Nicolai se arrodilla)

SEGUNDA PARTE

CUADRO TERCERO

(La misma escena del cuadro anterior)

(Al comenzar aparecen en escena Daniel, Basilio y Eloy, forman un grupo y hablan en el extremo izquierdo. María está sentada en primer término sin maquillar, de vez en cuando la conversación de los muchachos parece referirse maliciosamente a ella. El Comisario y David hablan en el extremo derecho.)

David: Y ella, ¿quién es?

Comisario: La que hará el papel de ciega.

David: Pues tiene unos ojos preciosos.

Comisario: Trabaja en las oficinas del campo de concentración. Trabajo difícil, no crea usted. Es la única sombra femenina de aquellos parajes. Cuando va a su despacho, detrás de las alambras, la ven cruzar centenares de hombres que sueñan con una imposible noche de amor.

David: Y dígame, qué le parecen los otros bigardos? ¿Cree que nos servirán?

Comisario: Naturalmente que sí. Tampoco se trata de engañar a sabios, sino a gentes más sencillas y crédulas. Todos estos pertenecen al grupo de aficionados del campo de concentración. Dan representaciones, si han sido buenos chicos, una vez cada tres meses. Dieron para mí una en especial. ¿No llaman ustedes al público el monstruo de mil cabezas?

David: Nunca más monstruoso que cuando sólo tiene cuatro o cinco. Comisario.

Comisario: Estos eran los más despiertos. Les llamé aparte y les felicité. Les dije que parecían actores profesionales.

David: También hay actores profesionales que parecen aficionados. Escuche Comisario. El contrato acaba en el mismo momento en que acabe esta pantomima. Nicolai queda libre acto seguido para reanudar su vida normal. ¿No es así?

Comisario: Puede estar tranquilo.

David: Si he ayudado a usted en todo, es con esa condición.

Comisario: Ya lo sé.

David: Quisiera, también, que si Nicolai se resistiese a volver a sus bases de partida, me ayudase usted.

Comisario: Es que teme que se niegue?

David: No lo sé.

Comisario: Parece dominado por una fiebre extraña. Yo le acompañé, en sus primeras andanzas. Hablé, desde el principio, con un fuego contagioso.

David: Ese fuego no le ha abandonado. Al revés, ha ido subiendo de punto.

Comisario: El número de los que le oyen ha aumentado, también, día a día. Ayer, otra vez, en los Jardines, habló mucho tiempo a un centenar de personas. Cuantos más sean los que le escuchan, más ejemplar será el chasco que se llevarán después.

David: Bien, Comisario. Ahí le dejo su compañía. Debo marcharme. No me gustaría que Nicolai me encontrase.

Comisario: ¿No volvió a verle desde que le despidió?

David: En absoluto. (Transición) Calle. Ahí le tiene. Buena mano.

Comisario: (Después que se ha ido David) Amigos: convendrá que os retiréis unos minutos. Se os llamará en seguida. (Entra Nicolai por la derecha) Nicolai Nordson: mi enhorabuena. Ha triunfado.

Nicolai: ¿En qué consiste mi triunfo?

Comisario: Una oleada de fe invade las calles de Welskoye. Hombres y mujeres, niños y viejos, se disponen a santificar sus vidas. A renunciar a sus pasiones, a enriquecerse de virtudes. Y todo eso, es la obra de un profeta, venido no se sabe de dónde, que ha sabido tocarles el corazón. ¿Es ese un motivo para felicitarle o no? Welskoye era uno y después del paso por sus calles del Profeta, es ya otro.

Nicolai: Bien pequeña es mi obra.

Comisario: ¡Ah, no...! La obra más importante hecha por un actor desde que el teatro existe. ¿Quién puede comparársele?

Nicolai: Un actor....

Comisario: Sí, un actor al que todavía le queda una última escena por representar.

Nicolai: ¿De qué escena se trata?

Comisario: ¡Ah, la más grandiosa de todas! Si he de serle sincero, me gustaría ser yo quien la representase.

Nicolai: ¿por qué no lo hace?

Comisario: No se imagine que bromeo. Si alguien canta la palinodia y reconoce que es un mixtificador; si previamente ha llevado su cinismo al extremo de atribuirse la facultad de hacer milagros y los hace, en efecto, falso, y alguien de entre los espectadores, se levanta y le quita la máscara y le descubre los trucos, su autoridad quedará por los suelos, ¿no es así?

Nicolai: Sí.

Comisario: Pues esa escena es, justamente, lo que vamos a preparar ahora.

Nicolai: ¿Qué se propone hacer?

Comisario: Yo... casi nada. Es usted, usted, querido Nicolai, el que va a hacer algo... y muy importante... y delante de un auditorium muy nutrido. Porque aquí no cabrá un alfiler, se lo aseguro... ¿Y cómo va a haber sitio para nadie? Días antes a su paso por las calles, habrá curado a un sordomudo, a un epiléptico. Ahora los verá usted. Por cierto, no tema que se le aparezcan de pronto, poniéndole en evidencia, enfermos auténticos. Ya se los ayudaremos. Aquí, entre estas piedras, le devolverá la vista a una ciega, y la vida a un muerto. ¿Qué le parece? Y cuando todos estén convencidos del milagro, yo, espíritu destructor, saldré de entre las filas de los espectadores y gritaré sobre poco más o menos:

"Ciudadanos de Welskoye: buen pícaro nos ha caído en suer esos milagros son falsos. El mudo no era mudo, la ciega no era ciega, y el muerto disfrutaba de la misma salud que todos nosotros. Tan falsos como sus milagros son los que se atribuyen a Jesús, y claro es que si sus milagros son falsos, sus doctrinas también lo son y que, por tanto, Dios no existe."

¿Cómo reaccionarán sus fieles? Ah, eso, ¿quién lo sabe? En todo caso, usted no pase cuidado, escapará sin daño. ¿Comprende, Nicolai?

Nicolai: Sí...

Comisario: Y de esta manera, el trastorno, la perturbación que, con sus inspirados sermones, haya podido producir en el ánimo de los habitantes de Welskoye, se disipará. (Se asoma a la izquierda) ¡Eh, vengan todos! Vea su gente, Nicolai... Y en cuanto a vosotros, sepanos quién es el sordomudo y el epiléptico y e

muerto.

Daniel: Yo soy el sordomudo. (Los demás se ríen.)

Comisario: ¿Por qué esas risas?

Basilio: Porque le tocó en suerte.

Comisario: ¿Hubo sorteo?

Basilio: ¡Claro!

Daniel: ¡Bah! Tampoco saliste tú muy favorecido. ¡Ah, y toma tus ropas! (Le entrega un paquete)

Comisario: ¿Qué es eso?

Daniel: Una sábana, para Basilio, que es el que hace de muerto.

Comisario: Perfecto: muy espectacular. Tú eres el muerto, no? (Se ríe Por mucho años, muchacho. ¿Cómo te llamas?

Basilio: Basilio Karpo.

Comisario: Se lo presento, Nicolai, este es el protagonista del mejor de sus milagros, de aquel por cuya virtud devuelve la vida a un muerto.

Nicolai: No, Comisario...

Comisario: Tú, representas ser un leñador. Vives, mejor dicho, vivías no muy lejos del río. Unas fiebres misteriosas han acabado contigo en una semana... Eso es, de unas fiebres has muerto Y te traerán en unas parihuelas. Están ya, ¿no?

Daniel: Sí, ahí las tenemos.

Comisario: Pues...ya lo sabéis... en el momento oportuno... Pero ése es el número fuerte... Hay que abrir boca con otros milagros... más sencillos, hay que prepararlo todo, como si fuese un efecto escenográfico... de menos a más, reservando la gran sorpresa para el final...

Basilio: ¿Y qué he de hacer después?

Comisario: Después, ¿de qué?

Basilio: Después de resucitar.

Comisario: Tu vida normal, Basilio.

Basilio: Pero, ¿qué será lo primero que diga?

Comisario: Ah, ya entiendo... Claro, claro, hay que pensar unas palabras para este trance. ¿Cuáles deben ser las primeras palabras de un resucitado? Caramba eso es un problema... Ah, ya está, Lógicamente, debe preguntar por sus hijos. Justo, Basilio. "¿Y mis hijos?" ¿Comprendido?...

Basilio: Es que yo, soy soltero.

Comisario: ¿Qué más dá?... Y... el sordomudo, ¿quién es el sordomudo?

Daniel: Yo.

Comisario: ¿Sabes tu papel?

Daniel: A medias. Antes del milagro, sí. Pero después que recobre el habla, no sé lo que voy a decir...

Comisario: Debes de dar las gracias, pienso yo. Claro, es natural. Gracias a Nicolai y a Dios, por ese orden.

María: Yo soy la ciega, no?

Comisario: Sí.

- María: Escuche, Comisario. ¿Y si hay ese día un ciego de verdad y se acerca al Profeta y pide que le devuelva la vista?
- Comisario: Pues... le dirás: "Tu alma no está limpia todavía. Vuelve cuando lo esté, hermano mío." Prepárate Basilio y acabemos. (Salen los muchacho por la izq. con María.) ¿Y ese silencio, Nicolai, a qué viene, se puede saber?
- Nicolai: No me obligue a esta carnavalada, Comisario.
- Comisario: Lo de antes, ¿no era también una carnavalada? Escuche, Nicolai, voy a darle un consejo, serénese. Yo sé muy bien que sus nervios están un poco desquiciados y quizás yo tengo la culpa. Los días de cárcel...
- Nicolai: Sí, los días de cárcel han sido decisivos. Por vez primera y me he encontrado a solas conmigo mismo, y he pensado en muchas cosas en las que jamás lo había hecho hasta ese momento. Desde el fondo de mi alma, Comisario, yo le agradeceré siempre los días de cárcel.
- Comisario: Es la primera vez que alguien me agradece una cosa así.
- Nicolai: Pero quiero pedirle que me deje al margen de su juego.
- Comisario: Vamos, se imagina que no es usted un actor de pueblo solamente, sino un profeta hecho y derecho, con sus revelaciones con su misión sobrenatural. ¿Es así, Nicolai?
- Nicolai: No. Yo sé que no soy un profeta, pero sé que cuanto he dicho en estos días, por las calles de Welskoye, es verdad. Dios existe... ¿era eso de mi papel? Pues ya lo es de mi sangre...
- Comisario: Querido Nicolai, dejémonos de novelerías... Un actor como es debido, tiene que cumplir sus contratos... Y el muestro le obliga todavía.
- Nicolai: Ya lo sé, Comisario.
- Comisario: Tampoco es tan difícil lo que le pido. ¿O es que va a resultar que cree usted en los milagros?
- Nicolai: Quizás sí, Comisario.
- Comisario: (Irónico) ¿Ha tenido la suerte de ver alguno? Cuéntemelo, Nicolai.
- Nicolai: No, quizás no son estos tiempos de milagros. El milagro necesita de la fe, como el trueno del relámpago. Pero yo pienso que, desde que el mundo es mundo, alguna vez quien lo creó, sea quien sea, habrá querido hacerse presente a los hombres. Y para eso habrá tenido que servirse de los milagros. Y, desde luego, si algún enviado de Dios pisó alguna vez sobre la tierra, ése, no lo dude, habrá hecho milagros.
- Comisario: ¿Y por qué está tan seguro?
- Nicolai: Si a Jesús, por ejemplo, le hubiese pedido Aglaia que la sanase, Jesús la habría sanado.
- Comisario: ¿Y quién es Aglaia?
- Nicolai: Una pobre muchacha impedida que vino a suplicarme que yo la curara.
- Comisario: Sí, ya recuerdo, es una que anda con muletas, ¿no?
- Nicolai: Sí esa es.
- Comisario: Realmente, le aprieta el alma a uno verla. Es tan tierna, tan joven... David me habló de sus padres. Porque ha de saber que aún está aquí. Me parece que él y Aglaia son las dos únicas personas que le interesan en Welskoye, ¿me equivoco?
- Nicolai: Así es.

Comisario: Supongo que no querrá que a ninguno de los dos les suceda nada...

Nicolai: Si me niego a seguir, ¿qué he de temer de usted?

Comisario: Usted, nada. Usted es sagrado, Nicolai, y voy pensando que capaz de cualquier locura heroica. Déjese llevar por las buenas... y dentro de pocos días, ilustre comediante, le doy mi palabra de honor que todo habrá concluído.

(Nicolai le mira con agresividad)

OSCURO

CUADRO CUARTO
(El mismo decorado)

María: Señor, apiadáos de mí. Mis ojos no ven. ¿Dónde habrá desgracia como la mía? Yo sé que si vos queréis, con una sola palabra vuestra, podré ver. ¡Tened piedad de mí, señor!

Nicolai: (Le pasa la mano por los ojos) En el nombre de Dios, hermana, yo te lo ordeno: ve.

María: (Ha recobrado la vista) ¿Sois vos, señor, quien me ha curado?

Nicolai: Es Dios, hermana, es Dios.

María: (Se arrodilla) Gracias, Señor, gracias... Veo, veo...

Antón: Déjeme que la mire. ¿Quién eres?

María: María Piuma.

Antón: ¿Desde cuando estabas ciega?

María: Según mi madre, desde los dos años de edad, no quedé ciega.

Antón: Historias. Tú has visto siempre.

María: ¡No es verdad!...

Antón: El epiléptico de ayer, era tan normal como nosotros; el sordomudo del jueves, hablaba y oía. ¡Esto es una farsa!

Hombre 1: ¡Mentira! yo conocía el sordomudo.

Antón: ¿Quién eres tú?

Hombre 1: Me llamo Marcos. El sordomudo vive en mi mismo pueblo, y nunca había hablado hasta entonces.

Antón: ¡No es verdad!

Hombre 1: Es verdad!

Mujer 1: ¿Por qué no ha de serlo? Si ha devuelto la vista a una ciega, ¿por qué no ha de hacer hablar a un sordomudo?

Antón: ¡Niego que María fuese ciega!

María: Señor, ¿cómo se atreve a decir eso?

Mujer 1: Era ciega. Yo la conozco. Nunca le hablé en mi vida, pero la veía pasar todas las tardes por mi casa.

Antón: Se han puesto de acuerdo para engañarnos.

María: Yo no veía antes, y ahora veo. Yo no me he puesto de acuerdo con nadie.

Comisario: (A Antón) ¿Por qué le interrumpís? Dejadle... Tal vez al final nos expique lo que ahora no entendemos.

Antón: Está muy claro... todos siguen un juego convenido. Los que simulan ver y oír y los que juran que dicen la verdad.

Comisario: Quién sabe... quién sabe...

Joven 1 : (Entra presipitadamente) ¡Señor, señor! Te necesitamos, ni hermano ha muerto... Nosotros sabemos que si tú así lo quieres, puedes volverle a la vida.

Antón: (Irónico) ¡Ah, que resucites a un muerto!... Eso es lo que te piden, Nicolai.

Joven 1: Ayer se acostó, sano y fuerte, y hoy por la mañana amaneció muerto... Sé, bueno, señor, y vuélvele a la vida. Lo hemos traído hasta aquí... ¿Nos permites que...?

Antón: ¿Cómo? ¿Lo habéis traído?

Nicolai: Dejad que le vea.

Joven 1 : Oh, señor... si resucitase, seríamos tus esclavos para siempre... (Se va, y entran con la parihuelas donde está Basilio)

Comisario: Sépase quién es el muerto.

Joven 1 : Es Basilio Karpo, nuestro hermano. Trabajaba como leñador cerca de Welskoye.

Comisario: ¿Hay alguno de vosotros que lo conozca?

Mujer 2 : Yo le conocía. El lunes volvimos juntos del trabajo.

Comisario: Mira si es él.

Mujer 2 : (Se acerca a Basilio) Sí, este es.

Joven 1 : Resucítale, señor.

Nicolai: En el nombre de quien todo lo puede, Basilio Karpo, vuelve a la vida: yo te lo ordeno.

(El joven 1; y los portadores de las parihuelas, se arrodiullan. Antón mira a Basilio con fijeza. Hay una pausa)

Joven 1 : (En voz baja) Basilio...

Antón: Hagámoselo más fácil. (Le descubre por completo. Basilio aparece inmóvil, envuelto en una sábana blanca.)

Nicolai: (Se acerca a él) Basilio Karpo... En el nombre de quien todo lo puede...

(Lo examina. Comprende que ha muerto de verdad y mira con ojos de asombro al Comisario. Hay un rumor general)

Una voz: (Irónicamente) ¿Qué, Profeta? ¿Cuesta trabajo?

Comisario: Este hombre está muerto realmente.

Antón: No lo dude un momento. Muerto, sin ninguna duda. Resucítalo, Nicolai.

(Los portadores de la parihuelas huyen precipitadamente al igual que el Joven 1; éste un poco sobrecogido y poco a poco.)

Nicolai: (Se acerca a Basilio, le descubre por completo, le palnotea en la cara nerviosamente, con fuerza.) Está muerto, de verdad; está muerto... (al Joven 2) ¿Cuándo ha muerto?

Joven 2 : (horrorizado) Ahora mismo... Tiene calor todavía.

Nicolai: (Se dirige a todos) ¿Es que no comprendéis lo que acaba de pasar aquí, ante vuestros ojos? ¿no lo comprendéis? (A Antón) Tú tenías razón, la ciega no era ciega, y el sordomudo de ayer, hablaba, pero Basilio Karpo estaba vivo, tan vivo como nosotros hace unos minutos. ¡Y ha muerto! ¿No véis en esa muerte la mano de Dios? ¡Milagro, hermanos, milagro! ¡Dios existe!! ¡Aglaiá, El te puede curar!

CUADRO QUINTO

(Al levantarse el Telón, Sergio está en escena. Sentado, con la mirada fija, parece esperar a alguien. Muy distante oye la voz de David.)

David: ¡Nicolai...!
¡Nicolai...!

Nicolai: (Entra por la derecha) Sergio: al fin... Creí que no podría dar contigo. Pero te llevé mi recado.. ¡Oh, qué alegría! Oye, necesito hablarte. Hace ya muchos días que me dijiste que querías luchar por lo que yo lucho, y te rechacé. He vuelto de mi acuerdo y te he llamado para decírtelo.

Sergio: El corazón no me engañaba. Sabía que vendría este momento.

Nicolai: Pero antes, es preciso que sepas quién soy. Yo no soy un profeta. Yo soy simplemente, un actor, pagado para representar el papel de enviado de Dios ante las pobres gentes de Welskoy

Sergio: No...

Nicolai: Sí, Sergio. Ignoro lo que va a ser de mí, pero tu presencia me llena de paz porque, sea lo que sea, estoy seguro de que seguirás mi camino.

Sergio: Así lo haré.

Nicolai: En tí se ha producido un milagro. Dios se ha servido de mí para que te conviertas tú, como se sirvió de Basilio para que me convirtiese yo.

Sergio: Sí, maestro.

Nicolai: Y acaso quiere servirse de los dos para que Welskoye, LA CIUDAD SIN DIOS, se convierta también.

Sergio: No habrá trabajo que no me imponga ni peligro que me asuste, con tal de lograrlo.

Nicolai: Hay que devolver al pueblo la fe perdida. El espíritu que le falta.

Sergio: Sí, es verdad. Nuestra tierra está reseca.

Nicolai: Y sin embargo, la victoria es segura. Acabo de comprender que al hombre le puede faltar el agua, pero la sed no le faltará nunca. (Se abrazan. Aparece David)

David: ¡Nicolai!

Nicolai: ¿Tú aquí, David?

David: El Comisario viene a detenerle. Sálvese.

Nicolai: ¿Cómo?

David: Huyendo. No sería la primera vez que la vida nos obliga a hur. Por lo pronto bastará con que se quite sus barbas y sus ropas para que nadie le reconozca.

Nicolai: ¿Disfrazarme, dices?

David: No, nada de eso. Ahora es cuando va disfrazado. ¿O es que esas barbas las lleva antes de hacer "Días Amargos" Sálvese quitándose el disfraz, volviendo a ser quien era, antes de esta aventura.

Nicolai: Tienes razón, David. No me reconocería nadie, ni yo mismo. David, lo que tú llamas disfraz, no lo abandonaré nunca, por nada del mundo.

David: ¿Y por qué no? Se trata de salvarse.

Nicolai: No lo haré. Estos trapos son mi dignidad, mi tatuaje. No me los quitaré nunca.

- David: ¿Quién le ha metido todos esos disparates en la cabeza? (A Sergio) ¿Ha sido usted?
- Nicolai: David: a nadie le debo tanto como a este muchacho.
- David: Nicolai: usted sabe que le aprecio, que siempre le he sido fiel, en los buenos momentos y en los malos. ¿Por qué va a echar por la borda el triunfo, la vida entera?
- Nicolai: ¿El triunfo...?
- David: ¿Por qué va a dejar que le encarcelen... o que le maten?
- Nicolai: No importa ya, David. Alguien, no sé quién, algún día se acercará a Sergio, le besará la mano y le dirá: "Creo en lo que crees tú"... Y ya no se interrumpirá esa cadena. ¿Verdad, Sergio?
- Sergio: Sí, maestro.
- Nicolai: Y espera.... (Se acerca al foro)
- David: ¿No oye voces.... ladridos?
- Sergio: Sí.
- Nicolai: (Busca el bastón) Este es mi vara de comediante. La he redimido. Llévala, Sergio. Será tu guión. (Se la entrega)
- Sergio: Me acompañará mientras viva.
- David: Pasó la hora de las ceremonias. Ahí viene el Comisario...
- Nicolai: (A Sergio) ¡Huye!
- Sergio: (Vacilante) ¡Nicolai...!
- Nicolai: En el nombre de Dios, yo te lo mando. (Sergio le besa la mano y huye. Aparecen el Comisario y dos soldados)
- Comisario: ¡Ah, el fiel mastín de guardia...! (A los soldados) Un momento esporen.
- David: ¿Qué va a hacer, Comisario? ¿Meterle en la cárcel? ¿Matarle?
- Comisario: Esté tranquilo. Ninguna de las dos cosas, aunque cualquiera de las dos las tiene muy merecidas. Voy a encerrarle en un manicomio para el resto de sus días.
- David: No, eso no!..
- Comisario: ¡Ah, sí, sí, amigo mío! un auténtico perturbado a quien la locura dió.
- David: ¿No comprende que es un peligro?...
- Comisario: ¡Vengan muchachos, cumplid vuestras órdenes!
- Nicolai: ¡No, eso no; no! (Adentro)
- Comisario: Frente al Estado moderno, los gestos románticos son ineficaces. No se los aconsejo, David. (David había intentado oponerse)
- Nicolai: NO, eso no,... no... (Adentro se oyen ruidos, Nicolai lucha con alguien) Eso no, Comisario, yo no estoy loco...!
- Comisario: ¡Qué mas dá! Es un bribón. Lo fingirá muy bien.
- Nicolai: ¡¡Yo no estoy loco!! Dios existe...! Es que no lo creen? Sois, ciegos entonces? David, ¿sois ciegos?...
- Comisario: ¡Vamos! a él...!
- Nicolai: No, eso no, No me importa la cárcel, ni que me matéis... pero eso, no; eso no, no, no.... (David arrebató la pistola de uno de los agentes y mata a Nicolai...)
- Comisario: ¿Qué ha hecho usted?

Daviá: Ponerle en libertad, primero... Y además, salvar su nombre... Y quién sabe si crear su culto...

(El agente arrebató el arma a David)

Nicolai: Ven... muerte... y acógeme para siempre... en tu túnica... (Sonríe, como si una mano amiga le saliera al encuentro) ¿Eres tú... Dios?

(Y se desploma muerto) (Hay una leve pausa...)

Comisario: Muchachos: llevaos este cadáver, atadle unas piedras y arrojadlo al lago.
Nadie debe saber cómo murió. (Pensativo) Es curioso... le he visto morir con más piedad otras veces.

OSCURO

(Se van todos y entran el Viejo, Aglaia y Sergiá)

Viejo: Así va mejor.

Aglaia: ¿Fue aquí?

Viejo: Sí, aquí fue.

Aglaia: ¿Cómo lo han sabido?

Sergiá: Esta es su sangre.

(Y hace mutis por la derecha. Se ve rezar a Aglaia fervorosamente. El viejo se santigua, se levanta Sergiá y se van; Se queda Aglaia, se arrodilla con trabajo, reza una oración y toca la sangre de Nicolai. Al levantarse nota que ya no necesita las muletas, se puede levantar por sí sola. Con los ojos asombrados y sollozando hace mutis por la izq. y lentamente cae el

TELON